

AGUANTE Y ELASTICIDAD OBSERVACIONES SOBRE LA CAPACIDAD DE ADAPTACION DE LOS CAMPESINOS CASTELLANOS DE ESTE FINAL DE SIGLO

Explicar cómo se han ido adaptando los habitantes del medio rural castellano a los radicales cambios económicos, políticos y sociales de los últimos treinta años es el núcleo esencial de la reflexión que en este artículo presenta **Víctor Pérez-Díaz**. Pero el autor no entiende la adaptación como una actitud pasiva y reactiva, sino como una disposición a, conservando lo básico de su manera de ser, aprender e ingeniárselas para salir de las situaciones y resolver los problemas combinando elementos de distintas soluciones, e incluso inventando otras inéditas. El autor, tras algunas consideraciones de carácter general sobre la sociedad civil y la historia de estos pueblos, se centra en aspectos actuales de su economía, su vida política y sus formas de vida social, para concluir con un mensaje teñido de optimismo de cara al futuro.

INTRODUCCION

EN la primavera de este año de 1994, he recorrido algunos pueblos de Castilla (de la zona de Aranda de Duero, la parte vallisoletana de Tierra de Campos y la Alcarria), retomando el hilo de investigaciones en las que he estado implicado a lo largo de treinta años. A comienzos de los sesenta, estudié el proceso de la «gran transformación» del medio rural castellano a impulso del éxodo rural y la mecanización (entre otros factores). Contrasté esta experiencia con la de otras zonas del país (Navarra, Galicia y, en alguna medida, Andalucía) a fines de los sesenta. Volví sobre ello, desde una perspectiva comparada y enmarcándolo en una secuencia histórica más larga, cuando hice mi tesis doctoral en Harvard, bajo la dirección de George Homans. Retorné sobre el tema al analizar

una encuesta sobre una muestra de agricultores de las regiones más dinámicas del país, a comienzos de los ochenta. Hube de volver sobre mi tesis para convertirla en libro más recientemente. Y he aquí que, una vez más, me encuentro en la tesitura de repensar el tema en estos momentos (1).

Con esta introducción, no pretendo preparar el lector para una síntesis o unas conclusiones presentadas como la culminación de un largo periplo, sino justo lo contrario. Me siento más bien como un viajero que recorre una y otra vez un paisaje, descubriendo y aprendiendo algo nuevo a cada recodo de un camino que no por familiar deja de sorprenderme de continuo. No tengo la sensación de haber llegado, sino de seguir andando, y lo que puedo ofrecer en este momento es poco más que un apunte de viaje, y una mezcla de reflexiones e impre-

siones escritas con cierta brevedad y carácter provisional.

Dividiré mis observaciones en cuatro partes. Haré, primero, algunas consideraciones de carácter muy general, que tienen que ver con el tema de la sociedad civil y la historia de estos pueblos. Me referiré a continuación a aspectos actuales de la economía, la vida política y las formas de vida social en los pueblos, al hilo de una serie de observaciones y de ejemplos. Mi grupo de referencia son las gentes de campos y de pueblos (pequeños y medianos) de las llanuras de Castilla.

El título responde simplemente a la búsqueda de alguna fórmula que corresponda en castellano a lo que yo entiendo es el sentido del término inglés de *resilience*. Me oriento hacia una combinación de aguante y elasticidad, lo cual se asocia con las características de un material, en este caso un material humano. Podría predicarse de alguien que tiene una notable capacidad de adaptación conservando al tiempo lo básico de su manera de ser, con la connotación de resistir y sostenerse (casi de *abstine et sustine*). Pero una capacidad de adaptación que no es pasiva y reactiva, sino que se corresponde con una disposición a aprender y a ingeniarse cómo salir de las situaciones y resolver los problemas, combinando elementos de soluciones e incluso inventando otras inéditas.

I. URBANITAS, CAMPESINOS Y EL MODELO NORMATIVO DE UNA SOCIEDAD CIVIL

Los «urbanitas» suelen juzgar la situación de los campesinos (en su sentido lato, sinónimo de gentes de campo) como atrasada respecto a un ideal de moderni-

zación o progreso *more urbano*. De aquí su actitud reticente (condescendiente, irritada, resignada) y el tono emocional algo inestable de su discurso sobre la materia: oscilante entre la prédica y la melancolía, porque casi nunca los campesinos hacen lo que los urbanitas les dicen que deben hacer. El urbanita, lúgubre, anuncia su desaparición o ruina inminente; admonitorio, urge a evitarla; melancólico, anticipa la vanidad de su prédica. Entretanto, el campesino no sabemos si escucha o hace oídos sordos.

Todo esto no es de ahora; pertenece a una tradición (muy) antigua entre los urbanitas. Sin ir más lejos, de ella participaron, en grados y con matices diversos, las dos subtradiciones urbanitas de los noventayochistas y los ingenieros/economistas rurales del último siglo. La tradición humanista y literaria que arranca del noventa y ocho, admirable en muchos aspectos, estuvo y está (piénsese en Miguel Delibes, cuyo libro *Castilla, lo castellano y los castellanos* se publicó en 1979) (2) compuesta por gentes sensibles e ilustradas con cierta inclinación por (lo que podemos llamar, con alguna exageración quizá) el «lugubrismo rural». Tienen una visión desolada del campo. Sus pueblos están en trance de desertizarse. Sus gentes rebosan soledades, sus paisajes, tristezas. Rara vez encuentran árboles, ni pájaros, ni trinos. Sus aguas no son ríos, sino chorros, y éstos, hilos de plata brotando de fuentes en plazuelas perdidas. Campos y pueblos parecen abandonados de las autoridades del cielo y de la tierra, e incluso de sus habitantes, agazapados sobre sí mismos.

Los técnicos ilustrados constituyen la imagen invertida de estos humanistas que, a la manera

del personaje azoriniano, dejan perder su mirada entre cielo y tierra, la mano en la mejilla (3). Aquéllos son, en cambio, activistas y pragmáticos, y exhortan con energía a la modernización necesaria, y a la constitución de explotaciones agrarias mecanizadas y rentable-productivo-competitivas, supremo imperativo de los tiempos. Con variantes en el discurso (más o menos riego, más o menos cooperativismo) pero no en su intención principal, las sucesivas generaciones de técnicos han solido tropezar con la renuencia de sucesivas generaciones de campesinos, no porque éstos les desoyeran totalmente (en modo alguno), pero sí porque les atendían a medias. De modo que, ni cuando los técnicos vistieron sus galas moderno-progresistas se aprestaron los campesinos a salir en la foto de «bertoluccinovecentos» debidamente airados, ni cuando aquéllos se revisiten de sus galas de modernoliberales acaban de ponerse los campesinos el traje de granjeros modernos. Por un motivo u otro, siempre parece que están los campesinos pidiendo las subvenciones cuando no toca, cultivando lo que no es debido, y pidiendo los riegos a destiempo.

Creo que en estas tradiciones urbanitas late un impulso generoso que conviene reconocer y respetar; pero también un sesgo a corregir. Son demasiado pesimistas (y a veces su pesimismo se nutre de un fondo de *hubris* y de etnocentrismo, a recortar). Creo más sensato, en cambio, partir del supuesto de que las gentes de campos y pueblos suelen hacer «lo lógico» dados la situación en que se encuentran y los recursos a su alcance. (E incluso que lo hacen con más frecuencia que urbano-residentes tan distinguidos como los catedráticos, los fontaneros, los ingenieros de ca-

minos, los letrados o los presentadores de televisión, por poner sólo unos ejemplos). En otras palabras, creo que los campesinos castellanos son bastante razonables; y mi (relativo) optimismo llega hasta el punto de pensar que los urbanitas tenemos mucho que aprender de ellos, precisamente en lo que concierne al desarrollo de las formas razonables de la modernidad.

Sin necesidad de entrar ahora en una disquisición filosófica sobre la cuestión, baste decir esto. *Si* (al cabo de muchos avatares) los urbanitas llegamos a la conclusión de que la modernidad no tiene *una* forma «normal» u «ortodoxa», sino una pluralidad de formas posibles, y que tal vez la clave de la forma más razonable (y nuestro mejor futuro) reside en la construcción de una sociedad civil o civilizada (y ahora explicaré lo que quiero decir con ello), *en ese caso* creo que sí podemos aprender de la experiencia de estos campesinos castellanos, porque tienen aportaciones (de aire modesto, pero fundamentales) que hacer al respecto. Resumiré lo que yo quiero decir con la expresión «sociedad civil» en una definición: se trata de un *tipo particular* de sociedad que consiste en una sociedad integrada por instituciones de mercados (o de coordinación espontánea entre voluntades formalmente autónomas), varias formas de asociación voluntaria y una esfera de libre debate público, por el principio del respeto a la ley (o/y unas reglas del juego entre tales voluntades formalmente autónomas), y por una autoridad pública cuya actuación es congruente con el respeto a aquellas instituciones y a este principio, y que es responsable ante un público de ciudadanos (4).

Este tipo o carácter ideal de sociedad ha sido realizado sólo de manera aproximada en diferentes momentos históricos; y algunos pensamos que, en su acepción moderna, puede servir de modelo, a efectos analíticos y normativos, a aquellas sociedades de corte occidental de los dos o tres últimos siglos construidas en torno a las instituciones de una economía de mercado, un gobierno representativo y una cultura de respeto a la libertad individual. Estas sociedades, sin embargo, han surgido de formaciones sociales anteriores, y convivido, con mayor o menor dificultad, y durante mucho tiempo, con fragmentos o partes de las mismas: con las formas políticas de la monarquía absoluta, la sociedad estamental, el sistema de jurisdicciones señoriales y eclesiásticas, los gobiernos municipales, los gremios y las corporaciones, o las comunidades campesinas.

Las relaciones entre las formas propias de esa sociedad civil emergente y estas formas institucionales previas han sido, naturalmente, complejísticas; y lo siguen siendo, porque muchas de éstas han persistido, y persisten, hasta hoy. Las instituciones del clientelismo o de la burocracia patrimonial, por ejemplo, siguen plenamente vigentes en nuestras sociedades contemporáneas, afectando de manera fundamental al funcionamiento de los mercados, los partidos de masas, la esfera pública o el estado (como la experiencia española de los últimos diez o quince años, pero también la italiana, la francesa, la japonesa o la norteamericana, ponen abundantemente de manifiesto). Pero no siempre estas formas anteriores son inconsistentes con las formas propias de la sociedad civil. Hay en

casi todas ellas variantes y elementos que le son afines. Se sabe, por ejemplo, de las relaciones entre las formas feudales y el desarrollo del parlamentarismo; o de la continuidad entre la tradición republicana-democrática y las formas de organización de la ciudad medieval. De esta última se puede pensar que, en algunos momentos de su periplo histórico, y bajo ciertas condiciones, ha ofrecido entramados institucionales y culturales que podrían ser interpretados como variantes en torno a un carácter ideal de «protosociedad civil»: formas de sociedad con rasgos reconocibles de mercados (aunque profusamente regulados), asociaciones (parcial o relativamente voluntarias, con algún grado de democracia interna), autoridades limitadas y responsables (aunque de signo oligárquico) ante alguna forma de opinión pública. Todo ello constituía la base institucional precisa para que sobre ella se construyesen aquellas experiencias cotidianas de las familias y los individuos que daban plausibilidad a la expresión de «el aire de la ciudad hace libre»: no sólo en su sentido jurídico estricto, sino en un sentido más amplio, como expresión de la diferencia entre la experiencia urbana y la experiencia de la servidumbre rural.

Pero si bien la contraposición entre libertad urbana y servidumbre rural pudo ser cierta en determinadas situaciones históricas, por ejemplo en la Europa oriental después de la «segunda servidumbre», no lo fue en modo alguno en otras. Hubo, por supuesto, sucesivas generaciones de campesinos que no fueron siervos mucho tiempo o nunca lo llegaron a ser, soportaron regímenes señoriales relativamente ligeros o compatibles con altos grados de autonomía local, fueron dueños (a

casi todos los efectos) de sus medios económicos (con frecuencia modestos, pero no siempre así), recurriendo sistemáticamente a una variedad de mercados, y tuvieron una relación compleja con las instituciones eclesiásticas que en modo alguno se reducía a una mera subordinación. Y esto, en algunos casos, sin apenas interrupción durante muchos siglos: aunque, eso sí, con alzas y bajas en el grado de autonomía local, con variaciones muy significativas, y en el marco de formaciones históricas distintas. Pero, a pesar de todo, logrando mantener un núcleo de experiencias que permitieron una transmisión/tradición de determinadas orientaciones culturales.

Pues bien, creo que es posible interpretar el largo decurso de las formas institucionales y culturales de los pueblos castellanos como variaciones sobre el tema, tipo o carácter ideal de lo que cabría llamar una protosociedad civil, con aproximaciones y alejamientos según tiempo y lugar. Por supuesto que es posible ver la inceptión misma de muchos de estos pueblos en la alta Edad Media como comunidades libres de gentes libres (la «Castilla islote de hombres libres», de Claudio Sánchez Albornoz) (5) que repueblan, conquistando por las armas, las tierras al norte y al sur del Duero, y se benefician primero de la distancia del estado leonés, y luego de la relación peculiar que establecen (o tratan de establecer, según los momentos) con la monarquía castellana (o castellano-leonesa más tarde). En todo caso, y sin entrar ahora en ello, lo que sí cabe es señalar que hay una larga y complicada tradición de apertura a mercados, gobierno local o participación en él, y otros rasgos de esa protosociedad civil, que han pervivido

y se han transmitido en muchos de estos pueblos entre, digamos, 1500 y la actualidad.

Cuando los encontramos ahora, los encontramos al cabo de todos estos avatares. No es de «ahora» (un ahora que pudiera abarcar la experiencia de los últimos cincuenta o sesenta años, de dos o tres generaciones) de cuando datan los tratos de estos pueblos con los mercados, el estado y la cultura urbana. No es de «ahora» de cuando data su experiencia con una autoridad gubernativa que liberaliza y luego deja de liberalizar y luego no sabe qué hacer con el mercado de cereales, pone en marcha a medias planes de riego, les incita a tener o dejar de tener ganados diversos, no sabe si protegerlos o exhortarles a que se protejan ellos mismos, y sueña con experimentos de agricultura moderna a realizar en su seno. Ya vieron los campesinos algo así, por ejemplo, hace más de tres siglos y medio, en la época del Conde-Duque de Olivares (6), y desde entonces lo han seguido viendo con regularidad.

Los urbanitas tendemos/tienden a infravalorar no sólo la memoria difusa y el saber tácito de estas gentes, sino también la suma de sus disposiciones morales o «carácter» en un momento dado. Este carácter, resultado de aquellas experiencias, nutre su orientación fundamental hacia el medio en que viven. Actitud no de desarraigo, a pesar de lo que a veces digan (y descontada la deformación de una cultura de la quejumbre que a veces les gana), sino más ambivalente, y con una alta dosis de autoestima, sentimiento de dignidad y etnocentrismo local.

Pero tampoco se trata simplemente de apego. A veces se habla de ellos como de gentes

«pegadas al terreno». Pero no lo están a la manera de un vehículo que se desliza por el asfalto de una carretera y huye hacia otro horizonte, sino a la manera de un árbol, cuyas raíces no se arrancan fácilmente, porque crece. Crece hacia dentro «como debe hacerlo un hombre», según decía un hombre de campo que conocí, extraordinario, a su nieto. Arraigo semejante, en sus mejores formas, no implica rigidez sino capacidad de adaptación y de aprendizaje selectivo de estas gentes de campos y pueblos, que depende de la persistencia de formas institucionales microsociales, de trabajo y de pueblo, de vecindad, amistades y familias, de conversaciones cotidianas y ritos religiosos y festivos, durante mucho tiempo. Estas formas («intrahistóricas», por utilizar la expresión unamuniana), con variantes, han sobrevivido y se han adaptado a diversas organizaciones económicas, políticas y sociales de las sociedades globales de las que formaban parte, y a las influencias culturales que les llegaban de los centros urbanos, a los que a su vez han influido profunda, aunque tal vez más sigilosamente.

Esta capacidad de adaptación ha desmentido reiteradamente el anuncio de su muerte. La penúltima vez que se anunció debió ser aquella según la cual los campesinos desaparecerían empujados fuera de la historia por dos personajes dickensianos muy famosos en su época, la burguesía y el proletariado. No parece que tal cosa llegara a ocurrir. Ahora, dicen que están, de nuevo, desapareciendo. (E incluso persona tan razonable como Emmanuel Le Roy-Ladurie termina en esta nota su sabio capítulo sobre «Los campesinos», en *The New Cambridge Modern History*) (7). Anuncio, me parece, prematuro.

II. AGRICULTURA, SUBVENCIONES Y FORMAS DIVERSAS DE UNA ECONOMIA RURAL «POSTMODERNA»

Mirando un poco las apariencias económicas de muchos pueblos castellanos (y dejando las tendencias y las estructuras llamadas profundas para otro momento), uno tiene una sensación de cierto buen pasar. Claro que tal vez la razón es «la buena cosecha» (siempre excepcional) de éste o aquel año; y de hecho ha habido un par de buenas cosechas recientes. Pero no está claro que sea sólo eso. Los pueblos de llanuras (8), quizá no muy lejos de algún pueblo grande, están más que adecentados; muchas casas han sido renovadas por fuera y por dentro (y tienen un coche aparcado a la puerta); las máquinas y las naves para albergarlas son conspicuas.

Los agricultores se quejan, en la mejor tradición de la cultura de la queja: llorad y seréis consolados. Pero hay bastantes agricultores medios, de entre treinta y cinco y cincuenta años, que siembran entre cuarenta y hasta doscientas hectáreas de cereal (sabemos que de la comparación entre los censos agrarios de 1962 y 1987 se deduce la existencia de un proceso claro de concentración de explotaciones en el conjunto del país por encima de la línea de las cincuenta hectáreas de superficie), se ayudan quizá con cerdas, pocos con ovejas (arreglándose varios con pastores portugueses), menos con vacas (curados de espanto de las promesas del ministro de turno), muy mecanizados y con exceso de potencia (pero hace falta para hacer las cosas en su momento, dicen); y al final hacen las cuentas, y les van saliendo.

Tienen, sin embargo, problemas importantes. Para empezar, con las subvenciones que reciben. Están encantados de recibir las, por supuesto. Son parte nada desdeñable de su cuenta de resultados (como me decía un agricultor de Sotillos, en cuentas sin contrastar y un poco a vuela pluma: «saco 2 millones limpios de la remolacha, 1,5 de la viña, 6/7 de los cereales, y 1,2 de la subvención»). Están, asimismo, dispuestos a jugar según las reglas, entre otras cosas porque tienen la impresión de que las inspecciones funcionan, y corren el riesgo de una multa si trampean con la información.

Tampoco tienen problemas filosófico-morales, por así decirlo, por el hecho de recibir una subvención: ni por recibirla de éste o aquel organismo, ni por la subvención en cuanto tal. Primero, el origen de la subvención. Están perfectamente adaptados a una cultura económica mixta de mercado y regulación/intervención estatal por una experiencia muy antigua; y ciertamente por la que han vivido ellos, sus padres y sus abuelos con lo que fue el Servicio Nacional del Trigo de los años cuarenta y cincuenta (y fue cambiando de nombre después). Entonces era quizás algo más simple. Por una de esas ironías del destino, lo moderno se manifiesta bajo formas cada día más barrocas: ahora tienen muchas más autoridades a tener en cuenta: casi como en el antiguo régimen, con su autoridad real, su autoridad señorial, su iglesia (y sus diezmeros). En la filosofía popular, ello se expresa con la «teoría de los cinco jefes» (que es, sin duda, una variable moderna de otras teorías más antiguas): en estos momentos, los campesinos castellanos tienen al consejero de agricultura de la Junta de Castilla

y León, al ministro de agricultura español, a Bruselas, a Estados Unidos y a Dios (esto dicho alzando ligeramente los ojos al cielo).

Recibir una subvención de una autoridad (una, trina o quintuple) es una (buena) costumbre. Además, parece cosa bastante justa, si se tiene en cuenta que las subvenciones deben ser comparadas con las que reciben los demás; y son siempre a cambio de algo. Mirando al otro lado de la frontera, lo obvio es compararlas con las que reciben los franceses y resentirse de la diferencia; aunque todos saben que los agricultores españoles son en buena parte responsables de la parquedad de sus subvenciones, puesto que se establecieron con base en sus declaraciones de rendimientos en el momento de la negociación, y éstas fueron inferiores a la realidad (por su querencia cuasi-natural, de ellos y de todas las fuerzas vivas del país, por el fraude fiscal; querencia no neutralizada en este caso por un poco de sentido común y de información).

En todo caso, por el momento, el punto de referencia principal de los agricultores castellanos son los otros grupos del país; aunque cada vez menos, puesto que están al tanto de lo que ocurre en Europa en su campo profesional en mucha mayor medida que el resto de los profesionales del país, por no hablar de los asalariados. Pues bien, mirando del país hacia adentro, el observador perspicaz (y el campesino castellano lo es) pronto descubre un bosque frondoso y florido de subvenciones, explícitas o encubiertas, que las autoridades reparten en función de la capacidad del grupo en cuestión para hacer presión sobre ellas.

Es difícil hacer presión sobre las autoridades europeas (por ahora), pero aquí están las españolas y las regionales, madrileñas o vallisoletanas; y los agricultores saben que éstas sí dependen de ellos, de sus votos por lo pronto. Además, piensan que estas autoridades carecen de autoridad moral para rehusarles subvenciones que son «pequeñeces» en comparación con las obtenidas por los bancos a lo largo del proceso llamado de saneamiento financiero de los setenta, y por la industria (empresarios privados y públicos, y asalariados) con ocasión de la reconversión industrial. Esta última, siempre permanente (como aquella revolución trotskysta) y siempre pendiente (como la nacional-sindicalista), parece no terminar nunca. Seat, Hunosa, Enxidera, Altos Hornos, Sagunto, Iberia, Renfe y tantos otros casos constituyen un rosario de demandas, exigencias, negociaciones, huelgas, movidas políticas, comentarios y noticias de prensa abocando a la subvención, con pacto y foto o no (pero con solución «en la cocina»). Por no hablar de las rentas de monopolio y de situación, que no son sino subvenciones disimuladas (afectando a telecomunicaciones, eléctricas, profesionales, etc.). A veces, los urbanitas olvidamos que esta avalancha de subvenciones y protecciones es pública y notoria, y demasiado voluminosa como para que pueda disimularla el recitativo liberal de los políticos y los funcionarios: son noticias *diarias* que las gentes rurales siguen con alguna atención, y que quedan grabadas, quizá sin el detalle preciso y un poco a bulto, pero indeleblemente, en su memoria.

Hasta aquí las cosas están relativamente claras, y la subven-

ción parece conveniente y justa. Hay otros problemas, sin embargo. En primer lugar, su carácter de subvención que no tiene que ver directamente con el volumen de la producción desconcierta. Si el volumen es indiferente, la subvención parece un estímulo a una explotación descuidada. El ejemplo del girasol disperso y famélico, vergonzante, surge una y otra vez en la conversación. Un agricultor de Valverde (y tantos otros) hablaba, con ironía autodeprecatoria, de que lo que iban a acabar haciendo era «sembrar subvenciones» y «engañar a la tierra». Pero la cuestión no está en la «humillación» de los agricultores por labrar mal, o su temor a perder su autoestima o a profanar la madre nutricia. Les sobra autoestima, y el «engaño» no es con la tierra, sino con los hombres. Tampoco tienen *tanto* desconcierto: están acostumbrados a tratos con las autoridades urbanas, en los que hay que ir de pillo de a pillo. La cuestión está en que comprenden perfectamente la estrategia de los planificadores europeos, con la complicidad (y el aire compungido) de las autoridades nativas: tratan de asfixiarles poco a poco, de hacerles comprender que están de más, de avisarles a tiempo de que las subvenciones se irán reduciendo y reduciendo.

De manera que reciben el mensaje, lo entienden, y comienzan una nueva versión de su forcejeo por la supervivencia. En este momento (y desde hace ya tiempo) andan pensándose. Calculan los años por delante. Imaginan cómo optimizar los resultados finales combinando producción y subvención; tienen la impresión de que esto puede suceder, en parte, reduciendo costes de explotación; y se encaminan así a una especie de «vuelta» a la agri-

cultura extensiva. Lo saben y lo dicen. (Y tampoco le hacen ascos al plan de reforestación, si no fuera porque desconfían de que las autoridades cumplan sus compromisos, paguen lo que dicen y en los plazos previstos, y no salgan con cualquier otra «reforma» al primer recodo del camino.)

Saben, en todo caso, que una agricultura menos intensiva requiere dimensiones grandes, y que el actual mercado de tierras no facilita ni compras ni rentas. La propia política de subvención empuja los precios de la tierra al alza. Quizá, piensan, la solución estaría en que determinados agricultores tuvieran acceso preferencial a la tierra, amén de las ayudas estatales de rigor. Y aquí juegan con la idea del ATP, o «agricultor a título principal», que fuera el receptor de las subvenciones europeas y de las ayudas para redondear la superficie de sus explotaciones. Este es uno de los temas controvertidos entre propietarios, arrendatarios y agricultores a tiempo parcial, con los sindicatos agrarios tratando de elaborar sus estrategias haciendo encaje de bolillos.

Dado el equilibrio social y moral de muchos pueblos, es difícil, sin embargo, articular una estrategia definida en torno a los intereses de los agricultores a título principal, los añorados *farmers* o *kulaks* de Castilla. Seguirán creciendo y prosperando, probablemente, pero siempre contra el telón de fondo de un paisaje profesional bastante variopinto. Porque la pequeña propiedad subvencionada y la pequeña explotación juegan un papel muy importante en las economías domésticas de muchísimas gentes de los pueblos, que no son agricultores a título principal, sino otras muchas cosas, pero que se ayudan con una ren-

ta agraria. Se trata de gentes ocupadas en obras públicas (andando por el mundo, por ejemplo, con una excavadora) o en la construcción; emigrantes que conservan casa y fincas, y vienen regularmente al pueblo; comerciantes y artesanos; obreros en las fábricas, grandes o pequeñas (la Michelin, por ejemplo, de Aranda; las dos fábricas de transformación de productos agrarios de Villalón; pero también las pequeñas queserías, bodegas, panaderías, mesones y tantas otras), que salpican el paisaje rural. Y entre empresas y oficios no rurales lo salpican mucho, porque, como ha explicado Benjamín García Sanz, no va a menos, sino a más, la población no agraria de las entidades rurales en España (9).

No se trata, muchas veces, de empresas arcaizantes, de cara a un mercado local. En un pueblo cerca de Aranda tropecé, por ejemplo, con una quesería que había renovado sus instalaciones en los cinco últimos años, y surtía un mercado comarcal; una panadería que atendía al pueblo de panes y dulces, y usaba su horno para asar cabritos y lechazos a los excursionistas de fines de semana en un radio bastante amplio; y un empresario vitivinícola de vocación reciente (aunque con tradición familiar y personal de tratos comerciales con productos agrícolas) obseso por una producción de calidad, de «vino limpio», inspirado por el éxito de los «Ribera del Duero», y dispuesto a buscar mercados en el oriente asiático, donde ya había estado en dos ocasiones. (Y esta mezcla de agitación artesanal y ensoñación industrial tenía un aire perfectamente normal y encajaba con el calor de estío, las habituales acacias, el toque todavía de una boina, la casa limpia con el comedor pequeño para

tanto mueble, los vinos en el bar con sus mesas de formica, el ruido ensordecedor de las voces y de las fichas de dominó y la televisión como ruido de fondo, ininteligible).

Pero la economía actual de los pueblos no se reduce a la agricultura, la industria o el comercio que cabe llamar «convencional». Cada vez más se nutre de una especie de economía rural «postmoderna», que consiste en la explotación sistemática de la calidad de vida de los pueblos. Me refiero con ello a tres tipos de actividades, quizá un poco heterogéneas, pero conectadas todas con *loisirs* y formas de vida ligadas al descanso y la diversión.

En primer lugar, ligadas al retorno (singular) de los emigrantes. El retorno estricto, a vivir, no es de muchos, aunque sí de algunos significativos. No sólo de jubilados. También, por ejemplo, de una pareja, ella maestra, él informático, que vuelven al pueblo, ella consiguiendo un traslado laboral a algunos kilómetros, él con la vaga idea de que tal vez pueda encontrar una demanda de hacer cuentas, tramitar el IVA o las ayudas comunitarias, o algo así, si no en el pueblo (cuanto más conocido, menos interés en que se entere de demasiadas cosas), al menos en la zona. Los dos ilusionados con una casa con espacio alrededor que no hubieran podido tener en la ciudad, y la tranquilidad de que los hijos estén cerca, y vayan y vengan sin temor de que les atropelle un coche.

Pero el fenómeno más importante no es el de estos inmigrantes de cuerpo entero, sino el de los que vuelven a medias. Se fueron muchos, muchísimos, en los años cincuenta y sesenta: fue el famoso éxodo rural. El proceso expulsó sobre todo a los obreros

sin (o con apenas) tierras, la mayor parte de los cuales se fue definitivamente. Pero los que tenían casa y finca (y *status* de propietarios) tendieron a irse dejando el ancla puesta, y sin vender aquéllas. Y con el tiempo han usado de una y otra, arrendando la tierra a quienes se quedaron, y abriendo la casa para su vuelta en fines de semana y en verano. Muchos de la zona norte de Castilla fueron al País Vasco. La mayor parte (excepto los más jóvenes y más impresionables, ansiosos por prosperar y porque les acepten) se imaginaron como españoles que iban de una parte de España a otra, y engrosaban una población de origen castellano, *sensu lato*, allí afincada desde primeros de siglo. Escuchan estos años el discurso nacionalista dominante de políticos, clérigos y periodistas, que les enfrenta con el dilema, al parecer terrible, de la integración o la exclusión; en la medida en que lo escuchan. Pero ocurre que les gusta donde están, y al tiempo tienen cariño a lo que dejaron. Participan de la afición que tienen tantas gentes (normales) a evitar esas decisiones existenciales tan caras a las gentes sumamente coherentes. Preferirían no optar y que les apreciaran en los dos sitios. (Como esos políticos que quieren que les voten las derechas y las izquierdas, los *yuppies* y los trabajadores, pongo por caso: los emigrantes tienen ese mismo tipo de querencia.)

De modo que, con algunos dineros y algún desahogo, vuelven para sentirse «en su pueblo», conversar unos con otros, merendar en las bodegas y pasar el tiempo juntos. Hacen gasto, y mucho. Porque estamos hablando de incrementos de la población durante el verano en proporciones que fácilmente son del doble o el triple de la población habitual.

El comercio, la artesanía, y quizá en especial la construcción se benefician de ello. Renuevan sus casas, por dentro y por fuera, o las edifican de nueva planta (y en el proceso están dispuestos a comprar hoy un solar de 60 metros cuadrados en la calle mayor de un pueblo de 300 habitantes por 2,5 millones de pesetas), participando así en un impulso a la construcción en estos pueblos que, con alzas y bajas, se ha mantenido durante muchos años. (En un pueblo de doscientos habitantes de la Alcarria, más del 80 por 100 de las casas habían sido renovadas sustancialmente o reedificadas o edificadas de nuevo en los últimos treinta años.) Todo ello ha dado negocio y trabajo a las industrias de materiales de construcción, los constructores y las cuadrillas de albañiles (y tanto más cuanto más han sido capaces de eludir su carga fiscal).

Segundo, la economía de la juerga o de la movida de fin de semana. La noche del viernes o del sábado de un pueblo castellano de 3.000 a 5.000 habitantes (Medina de Rioseco, Villalón o Mondéjar; por no hablar de Medina del Campo, que es ya una ciudad de casi 20.000 habitantes) ofrece un espectáculo curioso. El pueblo puede estar atravesado, como Rioseco, por una o dos carreteras que le cruzan; aquí y allí hay un entrante o medio plaza donde se aparcan unos cuantos coches; en esta o aquella casa balconada hay un restaurante pasable, una confitería, una farola impersonal de luz blanca. Hay sombras y relativo silencio en partes del pueblo. Pero hay también dos o tres focos de ruido y trajinar de jóvenes. Les sigues y te encuentras con cinco, diez, veinte bares/*pubs* abiertos (siete en un pueblo como Torresandino, con 800 habitantes). Masas

de mozos y mozas, bien nutridos, bien vestidos, se arraciman y disfrutan del estado de suave euforia producido por la combinación de la noche, la bebida y el sonido chin-chan-chun-pon-pon a decibelio batiente (con el contrapunto de esas inevitables sevillanas que persiguen pertinaces al viajero doquiera se refugie). Todo ello contra el ronroneo de la conversación del «ya ves; hola tío; vámonos a otro lado», y el ir de bar en bar con el espíritu heroico de darle marcha al cuerpo hasta la aurora.

Todo esto es, euforia aparte, *real business*, y creación de empleo. Puede haber en este deambular un contingente de entre 600 y 800 jóvenes, los más entre 16 y 28 años, que acuden de otros pueblos en pandillas de dos, tres o cuatro, en coches y motos, dispuestos a gastarse cada uno las rondas consiguientes (entre tres y cinco mil pesetas, según la edad, por cabeza consumista y noche). No es raro que, en el fin de semana, esto suponga que un bar (donde trabajan un dueño, un familiar o dos, algún empleado) haga 200.000 pesetas por noche (más en las fiestas), los empleados (veinte a cuarenta en el conjunto del pueblo, entre los *pubs* y la/s discoteca/s) reúnan de 15.000 a 20.000 pesetas, y en el pueblo se mueven cinco millones. (Es negocio suficiente para que un empresario decida gastarse veinte millones en la restauración de un edificio antiguo, más otro tanto en la instalación de una discoteca, y pagar un millón y medio al año durante doce años, sin garantía de quedarse.) Al fisco estatal todo esto le da poco; pero al pueblo le da «vida»: ruido, agitación, sensación de que hay juventud en el pueblo, pasan cosas, corre el dinero y la gente parece contenta.

Estas dos formas sustanciosas de economía «postmoderna» han surgido espontáneamente, y requieren del estado no su intervención, sino su discreta distancia. Junto a ellas, cabe observar otra, sólo incipiente, que se reclama en cambio de la subvención estatal o para-estatal. El turismo rural es todavía una iniciativa a medio cuajar, y un poco «voluntarista», de animadores rurales y jóvenes con ganas de gestionar cosas a la busca de un proyecto que les justifique. Piensan (un poco «rabelaisianamente») en el cordero, el chorizo, el queso y el vino de la tierra; añaden los aires limpios, el olor de mieses, los contrastes de luces ciegas y regatos y sombras, y tanto otros «tangibles» e «intangibles» que le dan gusto y sazón a la vida en estos parajes. Se dan cuenta de que es posible «hacer algo» con el paisaje y con esas formas cotidianas y «naturales» de comer, pasar el tiempo, estar juntos. De la misma manera que los artistas *Pop* hicieron arte sacando de contexto objetos habituales, las botellas de coca-cola, estos jóvenes experimentan con la «economía *Pop*» de convertir en objetos de mercado (en su sentido más amplio) las formas de la vida cotidiana, y crean de esta forma ilusiones y puestos de trabajo, con vocación de permanencia.

Se reúnen, hablan, buscan y descubren ideas, reciben las que ya están en circulación: casas rurales, mesones, museos, cuidados a ancianos, excursiones. Finalmente, contactan con algún organismo público a través de amigos y compañeros; le buscan la ubre y le ordeñan con tiento y con cariño mientras aplican la fórmula mágico-burocrática que se les propone (el proyecto LEADER, por ejemplo, u otro). Así se va gestando el despegue de un sector de servicios nuevo, y prometedor.

III. POLITICA NACIONAL, CASTILLA Y POLITICA LOCAL

La palabra «política» puede ser usada por los campesinos castellanos en muy diversos contextos semánticos, y querer decir cosas heterogéneas. Por lo pronto, su significado es muy distinto si referido al contexto de una discusión de problemas nacionales o regionales, o de problemas locales; si usada en el marco de una reflexión sobre cómo resolver unos problemas colectivos, de un tipo u otro, o sobre cómo conseguir o mantener una posición de poder, o sobre cómo expresar una pertenencia a partidos, grupos o bandos. Aquí me limitaré simplemente a algunos comentarios sobre la manera en que me parece que estos campesinos enfocan determinados temas de política nacional, regional y local.

Ante todo, la política nacional. Los tratos de los campesinos castellanos con alguna variante del estado liberal no datan ciertamente de los últimos quince o veinte años. Tienen algo más de siglo y medio de (accidentada) historia; y de ello han quedado mil huellas en la memoria colectiva. Pervive todavía una (tenue) tradición oral de «la francesada», y desde luego de las correrías carlistas. Esta última época fue muy importante para definir las orientaciones fundamentales de los campesinos castellanos, porque en aquella tesitura se hubo de dirimir su rumbo. Y conviene recordar que, con las reservas que se quieran, el campesinado castellano eligió *no* ser carlista (en contraste con el vizcaíno y el guipuzcoano, y el catalán, por poner algunos ejemplos).

Probablemente, sucedió entonces que los campesinos tenían

demasiado interés en conseguir las tierras de la iglesia, y de paso hacer uso de las buenas piedras de los conventos para sus casas (y sus plazas de toros, y más tarde sus estaciones de ferrocarril), como para hacerle ascos a la desamortización; y estaban ya preparados a seguir este «sendero fácil de perdición» como consecuencia de la resistencia invencible a seguir pagando los diezmos que se había consolidado en la generación anterior (aprovechando la oportunidad de caos institucional ocasionado por la invasión napoleónica). Sea como fuere, los campesinos castellanos escucharon impávidos las prédicas dolientes de sus clérigos, compraron sus tierras (y las tierras comunales algo más tarde), se llevaron sus piedras, y se fueron haciendo al nuevo régimen del turno partidista y del caciquismo.

Pero este régimen, mixto entre el del antiguo régimen y el de un estado liberal con un fuerte componente clientelista, fue erosionado por la combinación de varios procesos. Entre fines de siglo y la guerra europea cristalizan operaciones que darán lugar a una alteración profunda del escenario del caciquismo rural en Castilla. Lo que a partir de entonces se observa es un paisaje relativamente variado, donde se dibujan, junto a las líneas de continuación de las tradiciones liberales o conservadoras de fin de siglo, otras que desembocarán en una tradición socialista y una tradición republicana-azañista (y que enlazaban con la tradición demócrata del XIX) y, sobre todo, la de un movimiento católico de gran envergadura, que abocará a un partido de masas y una amplia red de asociaciones socioeconómicas (sindicatos agrarios, cooperativas, cajas rurales y círculos católicos, así como centros educativos y periódicos).

La región cayó del lado nacionalista en la guerra civil en parte por el peso de los campesinos propietarios y las clases medias, encuadradas (hasta cierto punto) en aquel movimiento católico; pero también por los azares de la guerra, y no sin derramamientos de sangre que dejaron recuerdos muy amargos. No hubo unanimidad por tanto, aunque sí mayoría, a favor del alzamiento militar. Y el apoyo predominante al régimen franquista, aunque cierto, tuvo mucho que ver con un cálculo razonable de interés y una actitud instrumental. Esta actitud respondía al pacto (semi-implícito) fundamental entre el estado franquista y estos campesinos. El estado requería su apoyo a cambio de asegurarles una regulación moderadamente favorable del mercado de cereales, la supresión de la agitación sindical y algunas otras satisfacciones morales. Pero el crecimiento económico empujó a los obreros a la emigración, e hizo desaparecer (o casi) el peligro de una posible agitación sindical. Y, por otra parte, la iglesia, que había puesto tanto énfasis en las satisfacciones morales que procurara el estado franquista (la sensación de orden, el respeto a la religión), sufrió, a su vez, una evolución singular.

Desde los años cincuenta, cabe observar en los seminarios de Castilla el fermento de una renovación religiosa que se define como distante o contestataria respecto al orden político y social establecido. Por varios caminos, se va abriendo paso una mentalidad nueva. Los curas jóvenes que vienen a los pueblos, varios de ellos, parecen distintos. Hablan más de «organizar cosas» que de «organizar rezos». Desatienden las procesiones; dedican su atención a reunir fondos y construir, por ejemplo, una ba-

riada de casas populares. No toman posiciones políticas, pero su despegue de la retórica nacionalcatólica parece evidente. Hablan de reconciliación; transmiten la impresión de que la guerra fue, más que una cruzada gloriosa, una cosa terrible. Estos curas, y sus inspiradores (Don Silicio, por ejemplo), iniciarán experiencias de colegios familiares rurales y otras, que darán acogida y cauce a gentes más «inquietas» (como se decía entonces) y proclives a una toma de posición política. Y así se inicia una nueva experiencia de aprendizaje y formación de cuadros políticos inspirada por clérigos, pero esta vez de signo más ambiguo. Un aprendizaje, primero, de nuevas convicciones; y, luego, de organización, compromisos, pragmatismo y sano o insano oportunismo; pero también de cierta indefinición o pluralismo ideológico-partidista, puesto que coincide con un momento histórico que hace muy poco plausible la operación de encauzar estos esfuerzos hacia un partido democristiano. Es decir, se sentarán las bases de las afiliaciones partidistas que vendrán después.

Todo esto ayuda a comprender la suavidad de la transición democrática en Castilla en la segunda mitad de los setenta. Y a entender la mezcla de sentimiento político (menor) y distancia instrumentalista (mayor) con que los campesinos ven la lucha partidista. El voto rural en sentido amplio (si consideramos las provincias excluidas las capitales) de la Comunidad de Castilla y León en las varias elecciones legislativas nacionales (y aun regionales) sugiere una suave inclinación sentimental al centroderecha combinada con una inclinación oportunista a votar con la mayoría del país. Conviene estar a bien con la autori-

dad estatal asentada en Madrid o en Valladolid, tener acceso a ella, sin antagonizarla, pero no necesariamente exagerando el homenaje. El *motto* de Medina del Campo, «ni al rey oficio, ni al papa beneficio», sugiere falta de entusiasmo por la genuflexión ante los poderes supremos (incluido el del papa, al menos en tanto que demandante de beneficios), que quizá pudiera actualizarse y aplicarse de manera general a muchas gentes de estos lares.

Todo esto concuerda bien con el razonamiento escuchado aquí y allá, varias veces, en breves encuentros con alcaldes de pueblos grandes y pequeños, socialistas o populares. Las distribuciones partidistas responden a veces a convicciones militantes. Pero esto, cada vez menos frecuente, parece que se dice en clave de nostalgia por los buenos tiempos de antaño. Lo cuentan, por ejemplo, antiguos militantes socialistas, aludiendo a sus primeras luchas y sus primeros mítines, a caballo entre la clandestinidad y la legalidad. Pero lo que viene después es distinto. Son los forcejeos entre «arévalos» y «colinos» vallisoletanos, poco más que bandos de redes clientelistas, amistades y afinidades difusas, consolidadas por el recuerdo de pugnas, derrotas a compensar, puestos a ganar; obsesos por sus amores-odios endogámicos y acordándose de recorrer los pueblos justo en el momento electoral.

Las más veces, las distribuciones partidistas (militancia, simpatía activa, cargo) son cuestión de un poco de sentimiento y un mucho de lo que algunos llaman «picardía política». «Ayer UCD, hoy PSOE, mañana lo que haga falta»; «lo que convenga al pueblo»; «hay que ir con las siglas (apropiadas) a pedir subvencio-

nes»: expresiones quizá un poco cargadas, indicios de listeza que a la hora de la verdad casi nunca es tan fría, a no tomar literalmente, pero sugestivas de un discurso instrumental y distanciado que encaja bien con una tradición antigua, y una ejecutoria reciente.

No significa ello que no haya «principios». Suele haberlos, pero lo que no hay es la idea de que esos principios requieran identificación partidista. Un alcalde, muy notable, de un pueblo de Campos ha podido ser independiente, y votar por el Partido Reformista o el Partido Liberal o el Partido Popular en sucesivas ocasiones; y seguir siendo alcalde en un pueblo más bien socialista, que estima su labor y su espíritu cívico. Personaje interesante, capaz de articular un sentimiento local, de afecto al pueblo, un sentimiento comarcal, de concernimiento por la Tierra de Campos como conjunto, un sentimiento de Castilla, y al tiempo de sentirse interesado por el «proyecto Roca» de hace años. Dice que le parecía una forma distinta, interesante, «de hacer España».

Es curioso que haya encontrado varias manifestaciones espontáneas de aprecio entre estos agricultores de Campos, en el corazón de las llanuras de Castilla, por los políticos catalanes. Algunos agricultores, en tanto que tales, estiman, por ejemplo, la defensa de las cámaras agrarias que se ha hecho en Cataluña. Como castellanos que se sienten vivir en una región que no acierta a saber defender sus intereses, las actuaciones del nacionalismo catalán suscitan sentimientos mezclados; pero parecen «normales», y no suscitan indignación moral. Habría que aprender a hacer otro tanto.

Por otra parte, como castellanos a la búsqueda de una iden-

idad y una función en el conjunto de España, muchas de estas gentes tienden a adoptar una actitud compleja, y desde luego no antagónica, ante el tema de Cataluña. No se ven como «nacionalistas castellanos», ni como «regionalistas intensos», y por tanto tampoco están «dispuestos a todo» por defender su interés regional (que, por otra parte, les parece sólo moderadamente vinculado con la política que se hace en Valladolid y, menos aún, en Madrid). Siguen sintiéndose concernidos, y de alguna forma responsables, por «mantener juntas» a las gentes y las regiones de España (era esto lo que atrajo a aquel alcalde de pueblo pequeño del proyecto Roca): una tradición de sentimiento antigua, de signo ideológico diverso (era, por ejemplo, la posición de Azaña), y al parecer profunda. (Todo esto parece muy lejos del estereotipo de la Castilla centralista. Concuerda, por otro lado, con la falta de entusiasmo por una autoridad regional fuerte. El modelo implícito en las conductas, los sentimientos y las prácticas de muchas de estas gentes parece ser el de un país de gentes a su aire, viviendo en municipios libres, agrupados en provincias autónomas, coordinadas por una autoridad regional respetuosa. Parece casi Pi y Margall.)

En lo que se refiere a la política local (por lo general, poco dramática), lo cierto es que estos pueblos han hecho, durante los últimos diez a quince años, muchas cosas, precisamente a base de las subvenciones de los gobiernos regionales y nacionales, y los fondos comunitarios. El presupuesto de Rioseco se ha multiplicado por 10 en diez años; y, aunque en proporción menor, aumentos muy considerables son la tónica general. Esto supone

aumentos en el número de funcionarios y empleados (en Rioseco, una vez más, de 27 a más de 100); y supone también, lógicamente, ayuntamientos activistas, cuyos actos y cuyas finanzas son escrutadas con atención desigual por los partidos contrarios y la opinión, y no parecen dar lugar a procesos de «escándalo y corrupción» (más frecuentes en pueblos donde se juega con la recalificación de suelos, y en otras instancias).

Las infraestructuras básicas de obra pública, educación, sanidad y comunicaciones han ido siendo atendidas a lo largo de mucho tiempo, y han ido mejorando gradualmente con el crecimiento económico de las tres últimas décadas. Quedan, por supuesto, problemas puntuales por resolver en la materia. Ello aparte, lo que se hace ahora varía en torno a unos pocos temas clave, y en cierto modo «cualitativos». Las actuaciones municipales dan prueba de la preocupación castellana tradicional por la educación: dotación de escuelas primarias o secundarias o de formación profesional, de bibliotecas (en Cuenca de Campos han reunido en pocos años, para una de ellas, 3.000 volúmenes), de casas de la cultura (donde se ayuda a conseguir el certificado escolar y se realizan otros actos). También, curiosamente, por las amenidades y el embellecimiento de los pueblos, haciéndoles así más acogedores para los emigrantes/veraneantes, que son una fuente importante de sus recursos económicos. A los frontones se han añadido, por ello, las piscinas rodeadas de césped, y los árboles a lo largo de las calles en algunos pueblos (de nuevo en Cuenca: 6.000 árboles plantados en los últimos catorce años, sumando arbolado en el casco urbano y cho-

peras), plazas y pavimentación en todas las calles (para los coches, cada vez más numerosos). Preocupa la gente mayor, cuyo peso aumenta (e incluye jubilados que vuelven), y para la que se piensa hacer (y algo se va haciendo) residencias de ancianos o sistemas de ayuda a domicilio.

IV. PUEBLOS Y CUADRILLAS: SOCIEDAD Y CULTURA

Los pueblos castellanos han tenido estructuras sociales relativamente diversas a lo largo de su historia. La que podemos observar hoy no es la de hace un siglo, menos aún la del siglo XVIII, y ni siquiera es la de los años cincuenta y sesenta del siglo XX, antes del éxodo rural. Ciertamente el núcleo de campesinos-propietarios ha solido imprimir carácter a los pueblos pequeños, e incluso medianos. Pero lo hizo siempre en relación con un colectivo de obreros sin tierra y un conjunto de profesionales, artesanos, comerciantes o funcionarios (unos y otros muy importantes en los pueblos grandes). Por lo que se refiere a los pueblos pequeños y medianos, el efecto inmediato de la emigración rural fue el de homogeneizarlos. Los obreros casi desaparecieron (y en la medida en que lo hicieron, con ellos desapareció un foco de conflicto social muy importante en los años veinte y treinta, y latente en los siguientes), y los pueblos quedaron convertidos, más que antes, en pueblos campesinos y agrarios. (Un proceso que, curiosamente, había tenido lugar ya antes otra vez, a fines del siglo pasado, si nos atenemos a las descripciones que para mediados de siglo encontramos en el Diccionario de Madoz) (10). Con el tiempo, la es-

tructura se ha hecho, de nuevo, más compleja, y en la vida del pueblo se nota cada vez más una población de emigrantes/visitantes, pensionistas, estudiantes y gentes ocupadas en la pequeña industria y los servicios, que proceden, sin embargo (y comparten las orientaciones culturales básicas), de las familias campesinas.

Aquellas (las de hace treinta años, y las de más atrás) y estas comunidades campesinas nunca fueron sociedades atomizadas (el «saco de patatas» que tan equivocadamente imaginó Marx, probablemente más influido por la lectura de Balzac que por las observaciones que no parece llegara nunca a hacer), a pesar de sus rasgos de «particularismo familiar» (que no de «amoralismo familiar») (11). Y ello porque ese particularismo estuvo templado por un sentimiento de pertenencia al pueblo y unas instituciones comunes con una tradición (accidentada, pero auténtica) de siglos. (Recordemos que las prácticas de un mitigado «colectivismo agrario», de regulación local de ciertos cultivos y de derrota de mieses, han estado vigentes hasta hace relativamente poco tiempo.) Esto significa que en ellos era posible, y es posible, encontrar una capacidad de acción colectiva, diversas formas de sociabilidad y asociaciones, en un grado variable, que, con el tiempo, se han hecho, en conjunto, curiosamente, más importantes.

Ante todo, la capacidad de acción colectiva. Me he referido antes a una política local de los ayuntamientos democráticos relativamente poco conflictiva, activa y dinámica, haciendo (al parecer, buen) uso de las subvenciones disponibles. Pero esto no ha sido un milagro de la primavera de la transición democrática.

Había sido preparado por disposiciones y costumbres previas. Antes, estaban menos desarrolladas y operaban en clima menos propicio; ahora, hay, no que inventarlas, sino que potenciarlas.

Veamos un ejemplo de finales de los sesenta. Cuando estudié un pequeño pueblo de la Alcarria hace treinta años, me llamó la atención la parquedad de las acciones colectivas y la relativa pasividad del ayuntamiento (por lo demás, sin apenas recursos). El clima social parecía tranquilo, de cierta concordia; pero las gentes andaban a sus cosas, despreocupadas de lo común. Un indicio de ello era el estado del edificio de la iglesia, que amenazaba ruina. Tres o cuatro años más tarde ocurrió lo siguiente.

Durante un tiempo, el pueblo había buscado subvenciones de un lado a otro para arreglar la iglesia, esperando que, entretanto, no se derrumbase. A fines de 1966, a iniciativa de un cura «hijo del pueblo» y algunos del lugar (en especial el maestro), la junta de la parroquia decidió hacer algo. Vendió dos fincas de la parroquia, y con el dinero costó los gastos de derribar la iglesia. Se constituyó una comisión de estudios que comenzó a pensar cómo ingeniar para construir una nueva. La solución fue demoler la estación de ferrocarril de una línea que no estaba en servicio desde hacía unos quince años (el llamado «tren de Arganda»), y aprovechar la piedra y otros materiales. Se pensó que el estado había expropiado al pueblo de su terreno hacía tiempo; y que ahora el pueblo se reapropiaba el terreno y lo que había en él. Según relata la crónica (puntualmente escrita) (12), el cura hijo del pueblo anduvo por Madrid consiguiendo permisos de «las más altas esferas de los

ministerios». El beneplácito celestial de las altas esferas fue confirmado a ras de tierra por el sargento de la guardia civil de un pueblo vecino, que dio su permiso mediante la fórmula «yo oficialmente no sé nada» (añadiendo la justificación: «está bien que se derribe porque es albergue de gente maleante»). Y así las piedras cambiaron de lugar. (Las piedras han cambiado mucho de lugar por Castilla. Las del palacio de los Mendoza y las del convento de frailes de otro pueblo próximo habían acabado en casas particulares y en la plaza de toros, por ejemplo, muchísimos años atrás.)

La comisión de estudios se convirtió en comisión permanente de siete miembros y en comisión ejecutiva de quince (en un pueblo, entonces, de unas sesenta familias). Y, de esta forma organizado, el pueblo se dedicó a recabar fondos y colaborar personalmente en la construcción. Se reunió algo más de un millón de pesetas (aportaciones de vecinos e hijos del pueblo, algo más de 50.000 unos y otros; un préstamo de casi 400.000; donativos del obispo, del orden de 200.000; un festival taurino, unas 230.000; y el arriendo del coto de caza, 120.000). He contado además 113 individuos que, en momentos distintos, realizaron prestaciones de trabajo. (Un apunte típico podría ser: «A. M.: El día 17 de enero de peón. El 6 de marzo con la galera bajando piedra de la estación con su hijo. El 8 de mayo en la iglesia. El 10 de junio en la iglesia, el 12 de junio por su voluntad. El 3 de septiembre metiendo piedras grandes en la iglesia para el piso»). Todo esto tuvo lugar a lo largo de unos veinte meses. Bien organizado, escrupulosamente anotado, sazonado con algún festo, y de todo ello dada cuenta

y razón. («El día 8 del mes fue un día de una gran jornada de trabajo; pues unos 45 vecinos animados con un gran espíritu de servicio y ya que no podían trabajar en sus faenas agrícolas por causa de las lluvias del día anterior, fueron a la estación y se descubrió todo el piso que quedaba, andenes, etc. y 5 tractores bajaron la piedra. Dado el esfuerzo supremo, se les dio vino en la plaza, 3 arrobas, finalizando en una armonía completa.»)

Este esfuerzo colectivo, hecho y contado sin alardes, supone no sólo perseverancia, invento y coordinación. Es también inconcebible sin un depósito de confianza entre unos y otros, la sintonía de muchos en sus sentimientos de cariño al pueblo, y su disposición a la cooperación en temas que consideran merecerla (sin excluir su inclinación ocasional a la «armonía completa»). Estas disposiciones necesitan de instituciones de acción colectiva que puedan ser vistas como susceptibles de ser puestas al servicio de un interés común, y no como instrumentos de un poder caciquil (como es el caso de algunos pueblos, pero no de muchos otros) o de una autoridad exterior y superior. También pueden ser facilitadas tales disposiciones por una memoria colectiva de pocos odios o rencores. A veces esos rencores existen, y pueden estar ligados a memorias sangrientas de la guerra civil, que en unos pueblos han sido superadas y en otros no.

El marco de vida democrática, crecimiento económico (cierto, aunque haya tenido lugar a ritmo menor) y expansión del horizonte cultural de las dos últimas décadas ha potenciado, probablemente, el desarrollo de los sentimientos de pertenencia a los pueblos y de las formas de so-

ciabilidad de las gentes. Una clara indicación de lo primero es lo ocurrido con las fiestas locales. Duran más días; e incluso pueden repetirse más de una vez al año. Son mucho más concurridas, congregando a vecinos, emigrantes hijos del pueblo y gentes de alrededor (e incluso de cierta distancia). Suponen más actividades, y más intensas, incluyendo procesiones, bailes y músicas (algo de dulzaina y tamboril, mucho de grupo *rock*) y, cada vez más frecuentemente, toros y encierros por las calles. Y desde luego representan un desembolso de dinero mucho mayor.

Pero el patriotismo local se expresa cada vez más a través no sólo del momento extraordinario de la fiesta, sino también de una serie de actuaciones colectivas cotidianas, a cargo de una variedad de grupos *ad hoc*. La mayor parte de estas actuaciones es de carácter cultural, y a veces se trata de actividades abundantes y variadas. Así, en un pueblo pequeño, a veinte kilómetros de Aranda, cabía observar la presencia de: un pequeño museo de cerámica y otros artefactos de uso agrícola; una iglesia que acababa de ser renovada; un grupo de teatro que organizaba una semana cultural con representaciones; una variedad de esculturas por las calles, realizadas por un artista local, que contaba con la simpatía y el aliento de sus vecinos; un grupo de cantoras de la iglesia, y un periódico con noticias locales.

Se trataba, y se trata, de actuaciones colectivas dispersas, descentralizadas, impulsadas por grupos que se reúnen espontáneamente, por afinidad y por confianza recíproca. No están controladas por autoridad alguna. Los curas se las ven y se las desean para encauzar incluso los grupos que actúan en su campo.

Puede haber un forcejeo (guardando las formas) por el control de las juntas de las parroquias, de la misma manera que puede haberlo entre curas que querrían reducir la importancia de las procesiones y unas mujeres que les fuerzan a hacer pasar la imagen cerca de los altares de sus casas. Las autoridades municipales no acaban de controlar las fiestas, menos aún las actividades culturales a las que me refiero. Tampoco suelen hacerlo con el periódico local, si les toca habérselas con alguno; más probable es que les ponga un poco nerviosos, por escasa que sea su tirada.

Un periódico como *El Trijón* de Villalón (próximo a gentes de la iglesia y del instituto, al parecer) es respetado en el pueblo, y su lectura sugiere la existencia de una esfera pública local interesante. Su número 16, de junio de 1994 (36 páginas, 31 de texto), trata de introducir en el debate público temas de cierta complejidad (13). Uno es la defensa y promoción del Instituto «Jorge Guillén», que cumple 25 años en octubre, amenazado, al parecer, de extinción. Otro es el recordatorio de los 75 años de la fundación de la Federación de Sindicatos Agrícolas Católicos del Partido de Villalón, y las vicisitudes de su fábrica de harinas. Otro es un intento de presentar el delicado y enojoso asunto, al parecer, de si se retira o no «la lápida de los caídos» de la iglesia de San Miguel. Se dice que (los autores) se hicieron preguntas («íntimamente») sobre si no hubiera sido bueno retirarla; se hacen reproches a la junta, al arzobispado, al alcalde popular y a los ediles socialistas, y a la mayoría, indiferente y pasiva, por no tomar la decisión, de una forma u otra; mientras se ensalza a la

juventud («siempre la juventud, tan generosa») por los pocos jóvenes que recogieron algunas firmas con tal objeto. El artículo traduce un sentimiento de incomodidad, como si tampoco los autores tuvieran claro el camino a seguir. Si colocamos las tres piezas literarias juntas, lo que se deduce del conjunto (aparte las intenciones específicas) es el intento de construir una comunidad moral en torno a una tradición local de un siglo (desde el arranque de la federación al horizonte de futuro del instituto): una tradición que integre varias subtradiciones y referencias simbólicas (sindicatos católicos y un «Jorge Guillén» que pertenece a otro mundo), que reconcilie, y por ello trate de arrinconar el recuerdo de la guerra civil, y que se apoye sobre valores de sentimiento local, educación y trabajo, religión y convivencia.

Pero, sin duda, la institución principal de la esfera pública local no son los periódicos locales, sino la «conversación permanente» que tiene lugar en un foro muy distinto: el foro de las cuadrillas, peñas y pandillas de los pueblos (en conexión, por lo demás, con los ambientes familiares, a los que me referiré después). Las cuadrillas son una forma de sociabilidad local que consiste en asociaciones relativamente informales, cuyo núcleo está constituido por gentes de la misma o parecida edad, amigos de infancia, a quienes se asocian mujeres e hijos, y amigos que puedan aportar. Se reúnen para merendar en bodegas semihundidas o profundamente cavadas en la tierra, frescas y oscurísimas. Comen y beben en abundancia, compartiendo vino, cordero, queso, pan candeal, huevos y chorizo, y demás habituales maravillas. Hablan continuamente, y

hablan de lo divino y de lo humano, procurando evitar, sin embargo, y ésta es una regla interesante, la polémica partidista: se precian de que no les divida la política, incluso aunque hablen (como hablan) de ella. De vez en cuando se acaloran, y caen en porfías y *testarrias*; pero pronto se hace, dicen, la paz.

«Cuadrillas, meriendas y bodegas» constituyen un conjunto institucional que tiene su origen en las formas tradicionales de las pandillas escolares y los grupos de mozos, pero su desarrollo ha sido relativamente reciente. Las bodegas quedaron disponibles para su uso por las cuadrillas en los años sesenta. Y las cuadrillas han recibido impulso emocional y material decisivo en los años setenta y ochenta de los emigrantes/veraneantes o visitantes de fin de semana, para quienes es la forma por excelencia de sentirse (y de hacer sentir a los demás que son) «hijos del pueblo». Hoy día han adquirido una importancia central en la vida social del pueblo, solapándose con los grupos culturales (como los antes mencionados) y con los grupos y las redes familiares.

Con todo, las familias siguen siendo las unidades básicas de los pueblos. Lo han sido, por así decirlo, «siempre», pero de diversas formas. Las de ahora son más flexibles y más abiertas que las de hace unos veinte o treinta años. Esto se observa en la cultura festiva de los pueblos, y en el proceso de confusión y mezcla de familias, amistades y cuadrillas. Pero se observa también, claramente, en la vida económica. Casi todos los negocios que se han intentado estos años en los pueblos, yendo más allá de la agricultura clásica, son negocios familiares, que suelen implicar no sólo a la familia nuclear, sino a la

familia extensa en su sentido más lato: a un círculo amplio de parientes, consanguíneos o no, y en grados relativamente alejados. No parece haber otra forma de iniciar, desarrollar o culminar estos negocios que convocar a hijos, hermanos, cuñados, primos hermanos, sobrinos o primos segundos, y ponerles a todos a hacer cosas.

La combinación de la importancia de estas formas «blandas» de sociabilidad, tales como las cuadrillas y los grupos culturales y festivos semiespontáneos, y la importancia de las familias y las redes familiares, da un mentís al estereotipo habitual sobre la atomización de la sociedad rural castellana. No está en modo alguno atomizada, por mucho que lo afirmen quienes se obstinan en juzgar el grado de sociabilidad de un grupo por el indicador de la pertenencia de sus miembros a asociaciones u organizaciones (muy o bastante) formalizadas. Hay muchas formas de «ser sociable», y la de pertenecer a un partido, un sindicato, una asociación profesional, pongo por caso, no es la única, ni necesariamente la más deseable.

Lo cierto es que la pertenencia a las asociaciones formales no constituye un objetivo prioritario de los campesinos castellanos. Más aún, cuando pertenecen a ellas, parece que tienden a reconstruirlas por dentro como si fueran un archipiélago de «cuadrillas»: sus partidos tienden a ser agregados de facciones; y sus sindicatos son de pocos militantes, e inquietos. A los jóvenes más motivados por un deseo o vocación de servicio a la sociedad, parecen interesarles formas asociativas donde el liderazgo no pueda alejarse mucho de ellos, y el aparato sea modesto: por eso se inclinan por asociaciones pe-

queñas que se unan bajo el paraguas de unas siglas y consigan algo juntos (por ejemplo, una subvención en el marco del proyecto LEADER), pero conserven su libertad de movimientos. A la mayoría le hubiera gustado conservar las cámaras agrarias, como se deduce de las encuestas del CIS de los años ochenta (14), cuya estructura de autoridad, sumamente laxa y abierta, produce menos desconfianza que la de los partidos y los sindicatos (que, de una forma u otra, han impedido su existencia).

Pero, por otra parte, no quiere ello decir, sin embargo, que los campesinos castellanos no puedan estimar o considerar útiles estas asociaciones formales. Por el contrario, es evidente que votan a los partidos, masiva y reflexivamente, una y otra vez; y entienden que los sindicatos realizan una tarea conveniente de presión sobre las autoridades públicas. Naturalmente, los líderes políticos y sindicales, y los observadores que les son afines, querrían más entusiasmo, se quejan de la falta de afiliación, y la atribuyen al rechazo de las gentes y a su falta de espíritu asociativo. Pero las gentes no les rechazan; sólo les dan el módico de confianza que a su juicio merecen. Y tampoco carecen de espíritu asociativo; simplemente, tienden a encauzarlo por otros derroteros.

V. VENTAJAS COMPARATIVAS

De las observaciones expuestas deduzco un escenario relativamente optimista. Las dificultades de la economía, la política o la vida social son simplemente retos que cada generación tiene que afrontar. Las de hoy no pa-

recen insuperables. Los agricultores se alertan y se apañan. Una economía ligada al ocio se consolida. Lo que los campesinos hacen en el terreno de la política nacional parece sensato, las incertidumbres de su sentimiento castellano son lógicas, y lo que hacen en la política local es muy correcto. Indica capacidades notables de acción colectiva. Ello se confirma observando las formas («blandas») de sociabilidad a escala local. La proto-sociedad civil del pasado se hace parte activa y (más bien) fermento de una sociedad civil más amplia, que no acaba todavía de surgir plenamente, en el país.

Es posible que todo esto constituya un retrato un poco idealizado de la realidad, y requiera revisión: lo seguiré estudiando. En todo caso, por el momento, quiero terminar con una reflexión mirando al futuro, que esboza brevemente algunas de las razones de mi optimismo.

Digamos que cabe imaginar la sociedad campesina castellana a caballo entre dos posibilidades. La de desarrollar una sociedad de gentes libres y relativamente magnánimas (por usar el concepto aristotélico); y la de alumbrar y apoyar una sociedad de gentes autoritarias y envidiosas: gentes distintas, con sus instituciones correspondientes. Siempre han sido estas comunidades castellanas lugares de tensión entre «iguales», pero de esta tensión han podido siempre surgir dos culturas diferentes: la de la emulación y la del resentimiento.

Pues bien, cabe proponer la hipótesis de que la «elección» entre estas dos culturas depende de tres factores. *Primero*, depende del grado de confianza que las gentes tengan en sí mismas. Cuanta más confianza, tanto me-

nos se resentirán de la superioridad de los demás, y tanto más lo entenderán como un ejemplo a emular. Quizá cuanto más recursos de educación, y más experiencias de éxito en la vida, tanta más confianza. En este caso, los procesos de cambio en curso desde hace veinte o treinta años tenderían a impulsar a muchos campesinos castellanos por la senda de la mayor confianza en sí mismos.

Segundo, depende de la naturaleza de la percepción que se tenga, o la definición que se haga, del mundo exterior. Tanto más se considere éste como un mundo cerrado donde la suma de los bienes a conseguir sea limitada, tanto más los conflictos serán interpretados en clave de conflictos redistributivos y los juegos serán vistos como juegos de suma cero, y tanto más temor inspirará el éxito ajeno. Por el contrario, tanto más se considere el mundo como abierto y en expansión, tanto más los juegos parecerán de suma positiva, y el éxito de los demás, en lugar de ser una amenaza, podrá ser visto como una ventaja a compartir. Pues bien, también en este caso la experiencia en estas décadas de los campesinos castellanos (de crecimiento económico, emigración y educación, entre otros fenómenos) les ha empujado y empuja a perder su miedo al exterior, y a familiarizarse con lo que parece ser un mundo abierto y en expansión.

Tercero (y este factor puede ser considerado redundante, puesto que se infiere de los dos anteriores), depende de su grado de dependencia de sus intermediarios con el mundo exterior, y de la naturaleza de éstos. Tanto más la dependencia sea fuerte, y tanto más sea la estrategia de estos intermediarios la de quienes

procuran (y consiguen) reducir la confianza de estas gentes en sí mismas como modo de reforzar su autoridad sobre ellas, y (por lo mismo) tanto más procuran (y consiguen) monopolizar o cuasi-monopolizar la relación de estas gentes con el exterior, y (en razón de ello) tanto más procuran (y consiguen) achicar la percepción que tengan estas gentes de ese mundo exterior (reduciendo así la probabilidad de su acceso directo al mismo), tanto más, en consecuencia, se aplicarán los efectos negativos ya mencionados en la relación de los otros dos factores. Pero es probable que, a lo largo de las últimas décadas, y cada vez más, la posición de fuerza de estos «intermediarios predatorios» se haya ido erosionando, aunque queden, naturalmente, gentes poderosas («caciques», si queremos utilizar una vieja palabra) en control de organizaciones formales, a veces muy importantes, en todos los campos (religioso, político, comercial, industrial, profesional, periodístico, etcétera).

Si fuera cierto que vamos a un mundo abierto y poco controlable (donde los intermediarios predatorios que cierran horizontes tuvieran menos importancia), las gentes de campos y pueblos de Castilla podrían encontrar acomodo y encaje con mayor facilidad de lo que piensan. Tienen recursos intangibles o invisibles que se lo permiten: disposiciones y saberes. Tienen hábitos de pensar con realismo y expresarse con claridad (una ventaja decisiva respecto a una buena parte de los urbano-residentes, por ejemplo). Vinculan su reputación a su responsabilidad y respetan su propia palabra; entienden lo que es una cultura de la confianza en círculos abarcables, de amigos, parientes, vecinos o compañeros

de tareas; y esto no les impide estar dispuestos a moverse a través de grandes espacios. Se estiman a sí mismos como iguales en dignidad a cualquier otro, y entienden muy bien lo que son las relaciones de reciprocidad y lealtad mutua.

Todo ello constituye un conjunto de disposiciones y saberes que son cruciales para el desarrollo de la economía, la política y la vida social del mundo que viene (o que puede venir) en su versión mejor (es decir, en su versión de sociedad civil o civilizada), y que, sin embargo, el sistema escolar *more urbano*, tal como hoy le conocemos, es incapaz de producir y de transmitir; que la propia experiencia urbana cotidiana proporciona muy defectuosamente, y que estos pueblos castellanos han producido y producen naturalmente y como sin darse cuenta (aunque no siempre).

Esas son las dos grandes ventajas comparativas de los pueblos y los campos de Castilla. La primera es que produzcan esos saberes tácitos y esas disposiciones. La segunda, y más importante, es que los produzcan sin darse cuenta.

NOTAS

(1) Ver Víctor PÉREZ DÍAZ, *Estructura social del campo y éxodo rural. Estudio de un pueblo de Castilla* (Madrid, Tecnos, 1966, 1.ª ed.; 1971, 2.ª ed.); *Emigración y Sociedad en la Tierra de Campos* (Madrid, Instituto de Desarrollo Económico, 1969); *Pueblos y clases sociales en el campo español* (Madrid, Siglo XXI de España, 1974); «Los nuevos agricultores» (en PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA, 16/1983, págs. 240-267); *Structure and Change of Castilian Peasant Communities* (New York/London: Garland Publ./Harvard Studies in Sociology, 1991).

(2) Miguel DELIBES, *Castilla, lo castellano y los castellanos* (Barcelona, Planeta, 1979).

(3) AZORÍN, *Castilla* (Madrid, Espasa-Calpe, 1992).

(4) Víctor PÉREZ DÍAZ, *La primacía de la sociedad civil* (Madrid, Alianza, 1993; antes: *The Return of Civil Society*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1993); y «The Possibility of Civil Society: Its character, challenges and traditions», en John Hall (ed.), *Civil Society. Theory, History and Comparison*, Cambridge, Polity Press, 1994; y en *ASP Research Papers*, 1/1994).

(5) Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ, *España, un enigma histórico* (Madrid, EDHASA, 1985, 2 volúmenes).

(6) John ELLIOT, *El Conde-Duque de Olivares* (Barcelona, Crítica, 1990; trad. T. Lozoya), páginas 409 y siguientes.

(7) Emmanuel LE ROY-LADURIE «Peasants», en Peter Burke, ed., *The New Cambridge Modern History. XIII Companion Volume* (Cambridge, Cambridge University Press, 1979, pá-

ginas 115-163). Desde otro punto de vista, ver Henri MENDRAS, *The Vanishing Peasant* (Cambridge, Mass., The MIT Press, 1970, trad. J. Lerner), donde se analiza lúcidamente la situación de los campesinos franceses a finales de los años sesenta.

(8) Jesús GARCÍA FERNÁNDEZ, *Castilla. Entre la percepción del espacio y la tradición erudita* (Madrid, Espasa-Calpe, 1985), págs. 237 y siguientes, sobre la diversidad del espacio de Castilla y el contraste entre la Castilla de las llanuras y la Castilla de las montañas.

(9) Benjamín GARCÍA SANZ, «La población española: un enfoque ecológico», en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, X/1992, págs. 59-87.

(10) Pascual MADOZ, *Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España* (Madrid, Establecimiento Tipográfico de P. Madoz y L. Saggasti, 1845-1850).

(11) Karl MARX, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (ver Víctor PÉREZ DÍAZ, *Estado, burocracia y sociedad civil*, Madrid, Alfaguara, 1978, páginas 61-87). Sobre el tema de particularismo familiar y amoralismo familiar, PÉREZ DÍAZ, *Estructura social del campo*, 2.ª ed., 1971, páginas 135-136.

(12) «Memoria de la construcción de la nueva iglesia de San Martín Obispo, de Pozo de Almoguera», 1967 (manuscrito).

(13) *El Trijón*, Valladolid (Valladolid), junio 1994, págs. 3, 5, 16-21.

(14) Estudio 1.363 del Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983; citado en Benjamín García Sanz y Jesús Martínez Paricio, «Rivalidad y estrategias políticas en la España actual», *Debate Abierto*, n.º 7, 1992, pág. 66.